

“MEMORIAS DE UN BUEY”, por *Pierre Faval*, Nascimento, 1952.

Novela de franco entretenimiento, revela a un escritor avezado y no primerizo como lo pretende con inteligente modestia, el que nos preocupa.

Los psicoanalistas—con Freud a la cabeza—derivan grandes trastornos del complejo de castración, una de las formas de aquel otro célebre llamado por Adler de inferioridad. Según el autor de “Conocimiento del Hombre”, “Psicología Individual y la Escuela”, “Problemas del Homosexualismo” y otros grandes primores, la compensación supera a menudo al sentimiento de minusvalía y surge la excelencia del defecto. La virtud del vicio y hasta el genio de la aparente incapacidad.

No recordamos estas nociones a humo de pajas, sino asaz oportunamente. A nadie se le había ocurrido escribir al hilo de un complejo de castración con base “real” y no antojadiza, y sobre todo con la frescura zoológica, primaria y elemental de Silencioso, conspicuo protagonista bovino que ha sublimado sus cuitas en la literatura.

Y en literatura de cuño sobraliente. Más allá del prurito didáctico con que Pierre Faval satiriza a los vertebrados superiores, debemos reconocerle dotes muy singulares de costumbrista, psicólogo y hasta poeta de la expresión sobria y atinada en que se maridan con gracia el buen criterio y la agilidad.

A pesar de que las últimas veinte páginas están bien y no desmerecen de las doscientas treinta anteriores, las estimamos como episodio que pudo ahorrarse: la fauna antropomorfa (sin intención de ofenderlos) que secundan a Silencioso basta a inmortalizar las sabrosísimas Memorias del infortunado buey, escritas para largo solaz de los afortunados bípedos...